

Queridos amigos reunidos para la Sesión del Comité “América Latina y el Caribe” de enero 2015

Con alegría me uno a ustedes a través de estas palabras de aliento para su sesión.

Xosé Xulio los acompaña en sus trabajos de gran importancia para el Prado y para sus Prados en América Latina y el Caribe. Gracias al acompañamiento a algunos de sus Prados locales, él conoce bien las alegrías que les animan, las dificultades y las preguntas a las que se enfrentan; los pequeños signos de vida que nos invitan a la esperanza. Armando pudo visitar recientemente algunos Prados de América Latina. Él nos compartió sus primeras impresiones. Yo mismo fui a Haití y a Colombia, donde me reuní con los Prados en varias diócesis, lo cual me puso en contacto con las realidades en las que los pradosianos viven su misión, manteniendo en sus corazones el deseo de hacer que se viva y comparta el carisma de nuestro fundador en las comunidades cristianas, acercándose a quienes no conocen aún a Jesús y desplegando energía para hacer que se conozca el Evangelio. Todo esto, con frecuencia, en condiciones difíciles.

El tema que el comité eligió es el de la pastoral vocacional.

Tomar tiempo para reflexionar, para abrir el Evangelio y dejar que el Espíritu Santo trabaje en nosotros es esencial para preparar el futuro. Pues cuando hablamos de “vocaciones” es necesario estar a la escucha de aquel que nos dice: *“Sígueme, y yo los haré pescadores de hombres” (Mc 1,17)*.

Los invito a que en sus momentos de intercambio, de compartir y debatir, permitan un tiempo de silencio, espacio en el que Dios a través de su Espíritu pueda iluminar nuestros pensamientos y decisiones. Es necesario que nos dejemos moldear y transformar para que este tema del llamado pueda encarnarse en realidades, en encuentros y en corazones que se ponen a amar, conocer y seguir a Jesucristo.

Hablar de la vocación nos conmueve. Recordamos los primeros momentos en que sentimos en lo más profundo de nuestro corazón “algo” que nos trabajó interiormente, que nos movía y nos conducía a la paz y a la felicidad, aunque también algunas veces a insomnio y a cambios drásticos en nuestra vida. Luego descubrimos que ese “algo” era Alguien que venía a nuestro encuentro y que se invitaba a nuestro camino de humanidad. Entonces, todo lo que constituía nuestra existencia, nuestras relaciones, alegrías y penas, podíamos compartirselo en momentos privilegiados que llamamos “oración”, “silencio” y “adoración”.

El cura de Ars contaba a los niños del catecismo esta historia:

“Había un hombre que nunca pasaba ante la iglesia sin entrar a ella. En la mañana cuando iba al trabajo, en la noche cuando regresaba, dejaba en la puerta su pala y su pico y permanecía mucho tiempo en adoración ante el Santísimo Sacramento. A

mí me encantaba eso. Un día le pregunté qué le decía a Nuestro Señor durante sus largas visitas. ¿Saben lo que me respondió? “Señor Cura, no le digo nada. Lo veo y me ve ».

Al responder a una pregunta tan simple, este hombre modesto, que carga un pico y una pala, nos abre a la profundidad de la vida espiritual. Su respuesta de obrero es divina: “lo veo y me ve”; “lo miro y me mira”. Podríamos agregar: “me ama y lo amo”.

El Padre Chevrier no dejaba de recordarnos la importancia de la oración. Al igual que él queremos orar, al igual que él queremos dejarnos conmover por el Evangelio, para que siempre nos decidamos a hacer algo nuevo en nuestras vidas y dejar que el Espíritu realice su obra.

Se trata de hacer algo nuevo: pues el Evangelio no se repite; se inscribe en vidas de una manera siempre nueva, en rostros marcados por las condiciones de la existencia, en el trabajo o el desempleo, en la familia, en las relaciones que se tejen día a día, en las amistades, las alegrías y dificultades.

En medio del mundo e impulsados por nuestro carisma, somos llamados a vivir una fraternidad con los pobres. El Papa Francisco nos dice: *“Tenemos que aprender a estar con los pobres. No nos llenemos la boca con hermosas palabras sobre los pobres. Acerquémonos a ellos, mirémosles a los ojos, escuchémosles. Los pobres son para nosotros una ocasión concreta de encontrar al mismo Cristo, de tocar su carne que sufre”* (Mensaje para las JMJ 2014, Brasil).

En verdad pienso que los pobres están presentes en todos los lugares de nuestras pastorales y de nuestras parroquias. Incluso entre los ricos algunas veces se ocultan grandes pobreza. Nosotros pradosianos debemos vivir este testimonio de proximidad y de escucha, de encuentro con ellos para que sus vidas se vean marcadas y reconozcamos a Cristo en su carne.

Al escuchar las solicitudes de compromiso al Prado siempre me sorprende ver cómo el testimonio de tal o cual sacerdote ha sido importante y decisivo para comprometerse. El testimonio y no las palabras que puedan salir de nuestra boca es lo verdaderamente esencial.

Las órdenes religiosas con frecuencia nacen y se desarrollan en contacto y en la proximidad con los pobres. Como el Prado, nuestros Prados locales y nosotros mismos nos dejamos cuestionar por este estado de las cosas. Incluso si no pertenecemos a una orden religiosa, vivimos en una consagración por la pertenencia a nuestro Instituto. El mural de Saint-Fons es para nosotros un modelo que el Padre Chevrier quiso transmitirnos: “el sacerdote: otro Cristo”, para que pudiéramos encontrar en él la alegría de vivir y la felicidad. La vida consagrada vivida en el celibato, la castidad, la pobreza y la obediencia al Evangelio debe hacer de nosotros hombres alegres y dichosos de seguir a Cristo al servicio de su Iglesia y de la humanidad.

La alegría del Evangelio que es la nuestra es un factor importante para el desarrollo de las vocaciones. Creo que es muy importante que nosotros demos testimonio de esta alegría para con ella alcanzar a los corazones. No tenemos que hacer publicidad para el Prado sino simplemente dar testimonio de cómo nos transforma la

pertenencia a la familia espiritual fundada por Antonio Chevrier, y cómo hace de nosotros hombres y sacerdotes dichosos.

Con frecuencia nuestra alegría se alimenta de la alegría de aquellos a quienes encontramos. Esto es una invitación para recibir las pequeñas alegrías del día a día. La vida -como el buen pan- está hecha para compartirse; no dudemos en compartirla en nuestros equipos y en mostrar al mundo estos signos de esperanza.

Les comparto uno de estos signos vividos hace poco: actualmente estoy en Madrid para aprender español (difícil, difícil). El domingo pasado fuimos a ver a un sacerdote y él nos invitó a caminar un poco en la tarde para conocer su barrio. Había un grupo de hombres y mujeres reunidos, un poco lejos del camino. Fuimos a saludarlos. Eran inmigrantes provenientes de Bolivia. Al principio desconfiados, pensaban que éramos policías, pero luego nos costó trabajo dejarlos pues tenían tantas cosas que compartir sobre su vida diaria, sobre la dificultad para encontrar trabajo, para unirse a una comunidad cristiana donde no se sienten recibidos. Nos ofrecieron una bebida. Su sonrisa y la alegría de la fraternidad fueron un rayo de sol, la sonrisa de Dios.

Queridos amigos, que sus trabajos, sus momentos compartidos alimentados por nuestro carisma y los documentos del Magisterio y de Aparecida sean portadores de frutos para el desarrollo de las vocaciones de sacerdotes y de pradosianos.

Doy gracias a Dios por su encuentro, signo de comunión entre ustedes y con el Prado General. Que su encuentro dé frutos en abundancia.

Madrid, 17 de julio de 2015

Michel DELANNOY

Responsable General del Prado.